Hola, me llamo Pamela Fuentes Zuñiga, y soy una mujer en ciencias, específicamente en el área de química. Elegir este camino no solo ha sido una decisión académica, sino una forma de entender el mundo y mi lugar en él. Me considero una persona perseverante, curiosa y profundamente comprometida con mi crecimiento personal, incluso cuando el proceso ha sido difícil. Mi historia no comienza con ventajas evidentes, sino con muchas dudas, limitaciones y, sobre todo, con la determinación de avanzar a pesar de ellas.

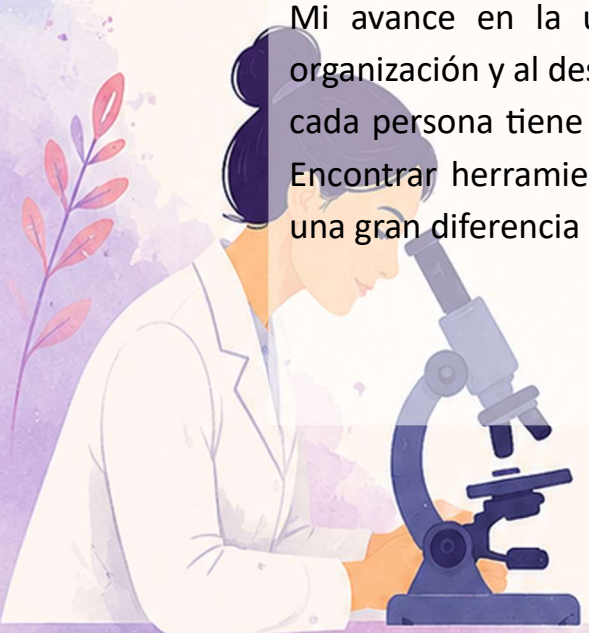
No provengo de un colegio científico como algunos de mis compañeros. Soy egresada de un colegio público, un CTP, una institución que, desde mi experiencia, no ofrecía las bases necesarias en áreas como la química. Recuerdo que ni siquiera se enseñaban aspectos fundamentales como la nomenclatura de compuestos. Mi especialidad fue Ejecutivo para Centros de Servicio, una formación que, siendo honesta, no aportó significativamente a mi desarrollo académico actual, ya que se enfocaba en tareas como archivar documentos o redactar cartas a mano. Muchas personas podrían considerar este contexto como una gran desventaja, y en cierto sentido lo fue; sin embargo, también se convirtió en el punto de partida desde el cual decidí construir mi propio camino.

Mi principal obstáculo han sido precisamente esas bases educativas limitadas. Ingresar a la universidad sin conocimientos fundamentales implicó enfrentarme constantemente a vacíos que otros ya tenían resueltos. No obstante, en lugar de rendirme, decidí asumir la responsabilidad de nivelarme. He recurrido a videos educativos, libros especializados y, especialmente, al apoyo de mis profesores universitarios, quienes han sido clave al brindarme espacios adicionales para aclarar dudas. Este proceso me ha enseñado que aprender no siempre es lineal, y que la resiliencia es una de las herramientas más importantes en la formación académica.

Con el tiempo, he tomado conciencia de que mi esfuerzo no solo impacta mi vida, sino también la de quienes me rodean. Sé que en mi comunidad hay niñas que me observan y que, al verme en la universidad, comienzan a imaginar nuevas posibilidades para su propio futuro. Pensar en eso me motiva profundamente, porque entiendo que mi historia puede convertirse en un ejemplo de superación y en una invitación a que otras también persigan sus sueños.

En cuanto a mi entorno familiar, provengo de una familia nuclear en la que no hay formación universitaria. Sin embargo, en mi familia extendida sí existen referentes, como una tía enfermera y un primo ingeniero industrial. Aun así, el mayor impulso ha venido de mis padres, quienes, a pesar de las dificultades, siempre me han apoyado incondicionalmente. Me dijeron que me enfocara en estudiar, que ellos se encargarían del resto, y esas palabras han sido una de mis mayores motivaciones. Ver a mi padre levantarse todos los días a las cuatro de la mañana para trabajar hasta la noche, y a mi madre esforzarse vendiendo cosas para generar ingresos adicionales, me recuerda constantemente el valor del sacrificio. Además, mi familia enfrenta un reto adicional con mi hermana, quien tiene parálisis cerebral, lo que implica gastos médicos y cuidados constantes. Esta realidad ha hecho que valore aún más cada oportunidad que tengo.

Mi avance en la universidad también ha sido posible gracias a la organización y al descubrimiento de mi forma de aprender. Entender que cada persona tiene su propio ritmo y método de estudio ha sido clave. Encontrar herramientas adecuadas y desarrollar disciplina ha marcado una gran diferencia en mi desempeño académico.

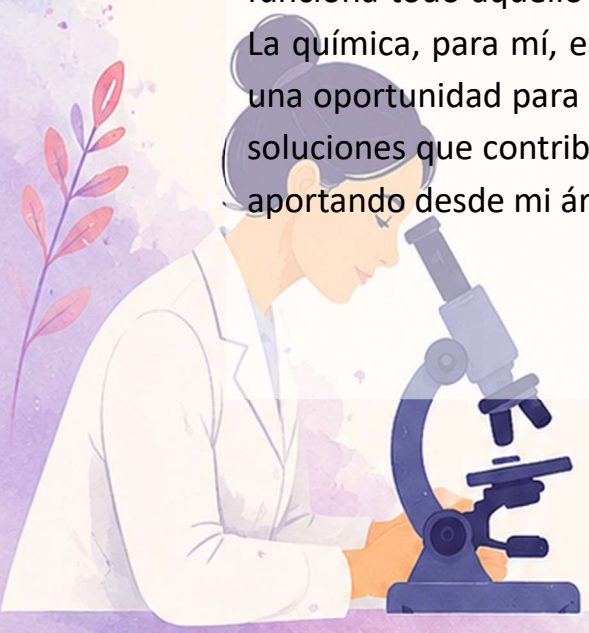




A lo largo de mi vida, han existido personas que han dejado una huella significativa en mí. Una de ellas es mi profesora de colegio, Marcela, quien continúa siendo una figura importante. Ella no solo me enseñó contenidos, sino que me impulsó a creer en mí misma, a aspirar a más y a no tener miedo de equivocarme. Recuerdo que me compartía pruebas vocacionales para ayudarme a descubrir mi camino, comprendiendo que tomar decisiones a los 18 años no es sencillo. En mi vida personal, mi familia ha sido un pilar fundamental, pero también mi novio, quien me ha brindado apoyo emocional en momentos de desmotivación, animándome a continuar incluso cuando siento que no puedo más.

Ser mujer en el campo de la ciencia también ha implicado enfrentar retos adicionales. El machismo, aunque muchas veces se piensa que es cosa del pasado, sigue presente en distintos espacios académicos. He escuchado historias de situaciones injustas y he sido advertida sobre profesores con actitudes inapropiadas o discriminatorias. Enfrentar estas realidades ha sido complejo, ya que implica adaptarse a contextos que no siempre son justos. Sin embargo, he aprendido a mantenerme firme en mis objetivos, a no permitir que estas situaciones definan mi valor ni mi capacidad, y a seguir adelante con determinación.

Mi sueño al convertirme en profesional en química va más allá de obtener un título. Quiero comprender el mundo en su esencia, entender cómo funciona todo aquello que nos rodea, desde lo visible hasta lo invisible. La química, para mí, es la base de todo, y ese conocimiento representa una oportunidad para generar impacto. Aspiro a desarrollar productos o soluciones que contribuyan a mejorar la calidad de vida de las personas, aportando desde mi área a la construcción de un mundo mejor.





Mi interés por la química comenzó desde muy pequeña. Siempre fui curiosa, me gustaba experimentar, mezclar sustancias, observar cambios en colores, texturas y reacciones. En ese entonces, sin saberlo, ya estaba explorando el mundo de la ciencia. Con el tiempo, surgieron dudas, descubrí nuevas habilidades como la pintura y comencé a cuestionarme si realmente ese era mi camino. La falta de orientación en el colegio también influyó en esa incertidumbre. Sin embargo, a través de la autoexploración, pruebas vocacionales y reflexión personal, confirmé que la química seguía siendo aquello que despertaba mi mayor interés.

Si una niña que sueña con ser científica me pidiera un consejo, le diría que aprenda a amar el proceso de aprender. Que la curiosidad sea su motor y que nunca deje de cuestionar el mundo que la rodea, que confié en ella y su capacidad, que va a fallar muchas veces pero que es parte del proceso, el cual cada uno tiene y es diferente el ritmo, que no se compare y que siga ese sueño porque cuando uno tiene una meta, es más fácil tomar la decisión de hacia dónde ir.

